

EL RENEGADO.

DRAMA EN CUATRO ACTOS, SACADO DEL FRANCÉS I ARREGLADO EXPRESAMENTE PARA EL COLEJIO DE LOS SAGRADOS CORAZONES.

(Conclusion.)

ACTO IV.

(El teatro representa un bosque. A la derecha, las murallas de un convento. A la izquierda, la cabaña de Pedro.—Principia a amanecer.—Una tempestad deshecha. La campana del convento suena pausadamente.)

ESCENA I.

ALONSO (*Con el nombre de*) FERNANDO (*Solo.*)

FERNANDO. (*Aparece en el fondo del bosque, con sus vestidos despedazados. Apoyado en un baston, camina con pasos vacilantes.*) No sé lo que pasa por mí: esa viva claridad del relámpago; ese sordo ruido que me hace estremecer; el lúgubre acento de esa campana...; todo me parece un sueño, pero un sueño fatídico... Siento el alma oprimida... ¡Ah! no me cabe duda: esta es la voz de Dios que me llama al arrepentimiento... (*Mirando al cielo.*) ¡Dios mio! apenas sí me atrevo a pronunciar vuestro sacrosanto nombre ¡compadeceos de mí, compadeceos de mí!... (*Adelantándose en la escena.*) ¡A qué triste estado me veo reducido!... Yo, antes tan orgulloso, tan altanero; yo, que siempre iba cubierto de ricas vestiduras; yo, a quien no bastaba un reino para satisfacer la ambicion que devoraba mi alma, me veo ahora solo, abandonado i al punto de perecer de miseria... La tempestad brama i no tengo un techo donde abrigarme, un rincon donde poder descansar mis fatigados miembros... Todos me rechazan, todos huyen

de mí... (*Mirando en su alrededor.*) ¡Ah! ahí veo una cabaña: llamaré otra vez, volveré a pedir, i si me despiden sin darme lo que tanto necesito, entónces acabaré con mi triste existencia ¡me arrancaré la vida con mis propias manos! (*Llama a la puerta de la cabaña.*)

ESCENA II.

FERNANDO, FABRICIO.

FABRICIO. (*Dentro.*) ¿Quién va?

FERNANDO. Un infeliz que os pide una limosna por amor de Dios.

FABRICIO. (*Dentro.*) Allí en frente está el convento. Llamad i os abrirán. Aquí no tenemos con que dar de comer a tantos por-dioseros como pululan en la aldea. ¡A otra parte, amigo, a otra parte!

FERNANDO. Mirad que ya desfallezco i muero de necesidad.

FABRICIO. (*Dentro.*) ¿Con que tanto apura?... Aguardad, entónces; dejadme abrir i veré si es cierto lo que decís. (*Asomándose por un postigo; tiene la cabeza cubierta con un gorro de dormir.*) Mui temprano venís a incomodar a los vecinos. ¡Ui! si apénas está aclarando. Si no me engaño, entre sueños, creo haber oido la campana del convento, i ya sabeis que los padres se levantan mui de madrugada a cantar maitines... (*Brilla un relámpago i se oye el último trueno.*) ¡Misericordia! parece que se viene el cielo abajo. (*Cierra el postigo.*)

FERNANDO. ¡Abrid, por amor de Dios!

FABRICIO. (*Dentro.*) Nó, nó; hace mucho frio i temo me dé un catarro si vuelvo a abrir el postigo.

FERNANDO. ¡Me despiden!... ¡no me oyen!... ¡no se compade-cen de mí!... ¡I se atreven a llamarse hombres!

ESCENA III.

FERNANDO, FABRICIO, PEDRO.

PEDRO. (*Dentro.*) Fabricio, Fabricio ¿qué haces ahí tan temprano? ¿qué sucede?

FABRICIO. (*Dentro.*) Es un mendigo que vino a pedir limosna i yo lo mandé que fuese al convento.

PEDRO. (*Dentro.*) ¡Es posible! Quita muchacho; déjame abrir. (*Abriendo la puerta de la cabaña. A Fabricio, dentro.*) Jamas se debe rechazar al desgraciado que llama a nuestra puerta e implora nuestra caridad. (*Sabiendo con la cabeza atada con un pañuelo.*) ¿Qué quieres, pobre muchacho? ¿quién sois?

FERNANDO. Yo soi ahora un infeliz mendigo, pero ántes poseia un gran reino; tenia riquezas i poder... Mi nombre no os lo diré; llamadme como os parezca; Fernando, si quereis.

PEDRO. (*Aparte.*) ¡Infeliz!

FERNANDO. Lo que os pido es un pedazo de pan para poder continuar mi camino ¡tengo hambre!

PEDRO. Te daré de comer, pobre muchacho, te daré de comer.

FABRICIO. ¿Qué decís, padre? Así sois siempre: basta que uno sea pordiosero para que coma de nuestro pan.

FERNANDO. (*A Fabricio.*) ¿Nunca has tenido hambre, jóven? ¿nunca te has sentido desfallecer por falta de un pedazo de pan?...

FABRICIO. Sí, por cierto; cuando paso largo tiempo sin comer, tengo hambre; pero esa no es una razon...

FERNANDO. Para que yo tenga hambre ¿no es verdad?

FABRICIO. Es que..., es que...

PEDRO. ¡Silencio, Fabricio! respeta la desgracia de este pobre hombre. (*A Fernando.*) Oye, Fernando: quédate conmigo; no soi rico, a la verdad; pero miéntras Dios i los moros me dejen un pedazo de pan, tú lo partirás conmigo.

FABRICIO. Bueno está. ¿I nosotros que somos los hijos de la familia?...

PEDRO. ¡Silencio! te digo.

FABRICIO. Pero...

PEDRO. ¿Callarás, al fin? (*Tirándole las orejas.*)

FABRICIO. (*Gritando.*) ¡Ai! ¡ai! ¡ai! (*A Fernando.*) ¡Malhaya sea! tú tienes la culpa. Allá me las pagarás. ¡Por qué no te quedaste en tu reino, maldito pordiosero! (*Entra corriendo en la cabaña i cierra la puerta.*)

ESCENA IV.

PEDRO, FERNANDO.

FERNANDO. (*Desvariando.*) Es verdad ¿por qué abandoné mi reino?... Pues ¡qué! ¿permaneces solo a mi lado?... ¿Dónde están mis cortesanos?... Quiero que los placeres reinen en esta morada. Llamad a mis esclavos... Haz servir, al punto, un espléndido banquete. Alternen sin cesar los juegos i las risas; pues, lo sabes: se me despedaza el corazon, no vivo mas que de llanto... ¡Retírate, Lopez!... Volveré a ver a mi padre... Ya oigo sus pasos. A lo léjos veo relumbrar su brillante armadura... Se aproxima...; me manda quedar...: obedeceré, padre mio... ¡Gran Dios! no veo ya mas que un espectro horrible que se ajita; que sacude sus pesadas cadenas; que me emenaza... (*Cayendo de rodillas.*) ¡Ah, padre mio, padre mio, no huyais, no me abandoneis, no me maldigais! (*Cae por tierra.*)

PEDRO. (*Llamando.*) ¡Fabricio! ¡Fabricio!

FABRICIO. (*Asomando la cabeza por el postigo.*) ¿Qué hai, padre?

PEDRO. (*Ayudando a levantarse a Fernando.*) ¡Desdichado!

FABRICIO. No tanto. Mirad, ya se vuelve a levantar: jente de esa clase, jamas se muere.

PEDRO. Fernando, hijo mio, vuelve en tí. Mira como se despeja el cielo; cuán bella está la naturaleza; cuán verdes los árboles de la selva; cuán cristalinas las aguas del arroyo... (*Sentándolo en un banco.*)

FERNANDO. ¿Es vuestra voz, bienhechor mio?... ¡Ah! dadme con que satisfacer mi necesidad, i despues, os dejaré en paz; abandonaré estos lugares; me internaré en la montaña. Allí talvez encuentre un término a mis males.

FABRICIO. (*Desde el postigo.*) Por supuesto, nadie puede negar lo juicioso que es ese modo de hablar.

PEDRO. Te voi a socorrer, hijo mio, no solamente hoi, sino tambien mañana i todos los dias. Fabricio, anda lijero: pan i vino.

FABRICIO. Pero, padre...

PEDRO. Anda, te digo. (*Fabricio cierra el postigo. A Fernando.*) Una sola cosa no me gusta en tí, i es que no quieras decirme tu nombre.

FERNANDO. ¡Imposible!

PEDRO. ¿Por qué imposible, hijo mio?... Bien podriais contarme tus penas, tus desgracias. No soi mas que un pobre campesino, pero ¿qué importa? yo podria hallar quizas algun consuelo para tus males. Amigo mio, dime tu nombre.

FERNANDO. No puedo. Si os dijera mi nombre, perderia vuestra estimacion.

PEDRO. A lo ménos, perteneces a una condicion superior a la mia. Bien podria ser que tu familia...

FERNANDO. ¡Mi familia!... no la tengo.

PEDRO. Que tu padre...

FERNANDO. ¡Mi padre!... lo he perdido. (*Levantándose.*) Dejemos esta conversacion, pues siento mi cabeza volverse otra vez confusa. ¡Oh! mi bienhechor, mis ideas se agolpan i revuelven; mi alma desfallece... ¡Desdichado de mí!

PEDRO. Hijo mio, hijo mio, respeto tu secreto, ya no intentaré conocerlo. (*Mirando a la cabaña.*) Pero Fabricio no llega... Ven, Fernando, ven a apagar tu sed i a satisfacer tu hambre; un poco de descanso calmará tus sentidos ajitados ¡ven! (*Entran en la cabaña.*)

ESCENA V.

FABRICIO, (*Despues*) PERICO.

FABRICIO. (*Saliendo por detras de la cabaña, con un cesto al brazo.*) ¡Hola! ¿dónde están? ¡Padre!... ¡Fernando!... No respon-

den ahora... ¡Padre! ¡Padre!... Ni una sola palabra... Quién sabe si ese mendigo, con su reino, se lo habrá llevado... No sé, pero yo creo que ese hombre puede ser muy bien uno de esos brujos que, según dicen, vagan alrededor de nuestra casa; o será quizás el diablo, en persona natural, que se habrá disfrazado así de cristiano para dar sus rondas, vueltas i revueltas... Yo no sé por qué, mas... , lo cierto es que... que... que... estoi tem... blan... do... do... do... de miedo; que ya de susto, el sudor me go... go... gotea por la frente; i que... que... que no me atrevo a dar vuelta la cabeza por temor de que... que... que...

PERICO. (*Que entra corriendo por el foro.*) ¡Aquí estoi, por fin!

FABRICIO. (*Gritando.*) ¡Padre! ¡padre! ¡socorro!

PERICO. ¡Si soi yo, hombre, soi yo!

FABRICIO. (*Sin atreverse a mirar.*) ¡Mas allá, señor Sa... Sa... Satanás!

PERICO. ¡Vive Dios! esto si que es gracioso. Pues ¡qué! Fabricio ¿ya no me conoces?

FABRICIO. (*Sin mirarlo.*) Sí... sí... os conozco. No os acerqueis.

PERICO. ¡Canario! ¿qué te has propuesto burlarte de mí?

FABRICIO. (*Gritando.*) ¡Padre! ¡padre!

ESCENA VI.

DICHOS, PEDRO.

PEDRO. (*Saliendo de la cabaña.*) ¿Qué gritos son esos? ¿qué hai? ¿qué sucede? (*Viendo a Perico que se arroja en sus brazos.*) ¡Ah, buen Dios! ¿eres tú, mi pobre Perico?

FABRICIO. (*Embobado.*) ¡Qué! ¿acaso será éste mi hermano Perico?

PEDRO. Pues me gusta la ocurrencia ¿i quién querias que fuese?

FABRICIO. Abrázame, mi pobre hermano... ¡I yo que te habia tomado por el diablo! (*Se abrazan.*)

PEDRO. Pero ¿por qué vienes tan ajitado?

PERICO. Es que he corrido mucho, padre, porque don Vasco me envió adelante a anunciaros su llegada. ¡Ah! ya está aquí.

ESCENA VII.

DICHOS, DON VASCO, JUANINO, MENDOZA, MARIETTO
I SOLDADOS ESPAÑOLES.

D. VASCO. Hola, Pedro, mucho celebró verte.

PEDRO. Dios os guarde, señor don Vasco.

D. VASCO. Sin duda extrañarás mi presencia en este lugar, pero he tenido noticias de que mi hijo, que ha desaparecido desde el día del asalto del castillo de Tarik, se había internado en estas montañas.

PEDRO. ¡Vuestro hijo!... ¡Oh! quizás sea él...; pero nó..., no puede ser.

D. VASCO. ¡Qué! ¿le has visto?

PEDRO. Nó, señor; estaba pensando que quizás pudiera ser un pobre jóven que hace poco, en medio de la tormenta, llegó a golpear mi puerta. Desde que le ví, me llamó la atención; i si bien sus vestidos estaban todos andrajosos, su semblante, sus palabras, revelaban una persona distinguida. Por mas que he hecho, no he podido averiguar su nombre. El habla de riquezas, de honores, de una corona...

D. VASCO. ¿Qué dices, buen Pedro?.... Es un jóven que, en medio de sus harapos, deja traslucir algo de caballero... I ese jóven habla de un reino, de honores.... Quizá tambien os dijo que no tenia familia....; que su padre le habia maldecido.... ¡Ah, sin duda es él!

ESCENA FINAL.

DICHOS, ALONSO (*Que aparece en la puerta de la cabaña.*)

D. VASCO. ¡Cielos!.... sí, ¡es mi hijo!

TODOS. ¡Don Alonso!

ALONSO. ¿Qué haceis aquí? ¿qué quereis?

D. VASCO. Pues ¡qué!.... ¡Alonso!

ALONSO. Tú me llamas Alonso; pero ¿quién te ha dicho mi nombre?.... Así me llamaba ántes mi padre; entónces, era cristiano; mas, han cambiado los tiempos: mi nombre es Almanzor; yo soi rei de Murcia....; Mahoma es el profeta de Dios.

D. VASCO. (*Enjugándose los ojos.*) ¡Así he perdido a mi Alonso, a mi hijo!

ALONSO. ¿Lloras, anciano?.... ¡Ah, cuán feliz sois en poder siquiera llorar!.... Pero ¿me has dicho que tambien se llamaba Alonso el hijo de tu amor?.... Pues, sabe ¡ese es el nombre de un infeliz, el nombre de un renegado!

D. VASCO. Pero, Alonso ¿qué ya no reconoces a tu padre?

ALONSO. ¡Te mofas, anciano! Yo he causado la muerte a mi padre; él ha muerto por su Dios, yo he renegado al mio.... En otro tiempo, con el socorro de María, adoraba al Dios que los cristianos adoran; feliz era yo entónces....; mas, quise ser rei; no pude perdonar a Pelayo su elevacion al trono i así todo lo he vendido para vengarme; todo lo he sacrificado al demonio del orgullo: ¡mi rei, mi padre, mi eternidad!....

D. VASCO. ¡Infortunado Alonso! ¿Ya no llegará para tí la hora

del arrepentimiento? ¿No volverás a abrir los ojos a la verdadera luz? ¿Permanecerás así siempre sumido en las tinieblas que te cercan? ¿No reconocerás, por fin, tu crimen i tu error? ¿Tu corazón quedará sordo a la voz de tu padre, a la voz de Dios que te inclina a alcanzar tu perdon?

ALONSO. Habla, habla. Yo no sé, pero, tu voz suena dulce a mis oídos; experimento al oírla un momento de bienestar. Vuelve a repetirme lo que has dicho; háblame de la bondad i misericordia de Dios.

D. VASCO. Me conmueves el alma, hijo mio. Vuelve en tí, vuelve a la razón, te lo pide tu padre.

ALONSO. Anciano, tu ruegas por mí i, sin embargo, dices ser mi padre; pero, eso no puede ser, porque mi padre me maldijo, yo merecía su oído.

D. VASCO. Vuelve en tí, hijo mio, i te bendeciré. Abjura tus errores; maldice la impía secta que, por un momento, te detuvo en sus cadenas; repite: ¡gloria a Cristo, respeto a su santa lei! i tu perdon, hijo mio, bajará del cielo. Abre tus ojos a la verdad; abre tu corazón al arrepentimiento.

ALONSO. ¡Al arrepentimiento!... Sí, sí, ya ha comenzado a brotar en mi alma. (*Se cubre el rostro con las manos.*)

D. VASCO. ¿Lloras, hijo mio?... ¡Ah, se ha salvado!

ALONSO. No sé lo que pasa por mí... Parece que quitan un espeso velo de delante de mis ojos... Todo está cambiado en mi alrededor...; todo toma nueva forma... Me veo rodeado de soldados españoles... (*Reconociendo a su padre.*) ¡Cielos! ¡vos sois mi padre! (*Cayendo de rodillas a sus piés.*) ¡Oh, padre mio, no me desecheis, moriria a vuestros piés!

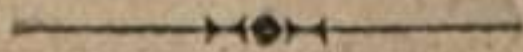
D. VASCO. Levántate, hijo de Gomez, levántate i dí: ¡cristiano soi!

ALONSO. (*Con las manos alzadas al cielo.*) Sí, padre mio, lo soi; dadme vuestro perdon.

D. VASCO. ¡Hijo, ven aquí, sobre mi pecho, al lado del corazón! (*Se abrazan estrechamente. Pausa. A los soldados, teniendo a su hijo de una mano.*) Españoles, lo veis, Dios está con nosotros. Completo ha sido nuestro triunfo, completa nuestra ventura. Tarik huye perseguido por Pelayo. La media luna cae ante el estandarte de la cruz. Celebremos este fausto día i saludad al nuevo adalid que os depara el cielo: aquí teneis a vuestro jefe; en adelante, Alonso de Gomez os conducirá al campo del honor.

(*Cae el telon.*)

RUPERTO MARCHANT PEREIRA.



EL LIBRO DE UNA MADRE

POR

MME. PAULINA L***

(Traducido del frances.)

(Continuacion.)

IV.

EL JARDIN.

¿Cómo, Luchita, tan sobresaliente eres en la historia romana? Sin titubear, has enseñado a tu hermano quien era *Tarquino el Soberbio*, i estoi segura que tenias una intencion maligna, cuando, con torva mirada, añadias que era un vil tirano. Tu hermano no se dió cuenta de tu dicho. ¿Qué quieres, hija mia? La mas le-
jítima oposicion encuentra a veces yerros como éste, i los tiranos nunca quieren convenir en sus injusticias.

Tienes razon, sin embargo, en no amar la tiranía; de esta manera no amarás tus defectos. Por otra parte, has explicado perfectamente, cómo este *Tarquino* no hacia mas caso de la cabeza de un enemigo que de la cabeza de una amapola, i cómo su jardin, en vez de inspirarle ideas de paz i de bondad, le hacia subir al cerebro ideas de matanza i de venganza.

Esto me prueba, Luchita, que no solo sabes bien tus lecciones, sino que presientes el rol de la naturaleza i de las flores en el combate de las pasiones humanas.

Mereces tener un jardin que te pertenezca, un jardin que sea tu propiedad, tu casa, tu terreno que cavar, que sembrar, que plantar i que embellecer.

Lo tendrás; yo te lo doi; i el jardinero te lo va a medir.

Nadie sino tú lo tocará. Se te darán las semillas necesarias, las nociones útiles, cuando pidas las unas i las otras. Si lo dejas abandonado, únicamente tú serás responsable de su esterilidad; si te produce flores, tuya será toda la gloria.

Como con tu muñeca, como con tus juegos, como con tus li-

bros, será un horizonte abierto a tu espíritu, una gimnástica ofrecida a tu cuerpo.

Tendrás que cuidar de los días demasiado ardientes, de las noches demasiado frías, de las lluvias, de los vientos, del granizo, de las orugas, de los gusanos.

Tendrás un invernáculo; una mesa para extender tus granos; un rincón para guardar tus utensilios de jardinería.

Te los haré comprar proporcionados a tus fuerzas: regaderas que puedas llenar, llevar i vaciar; azadas, una carretilla, cestos; tijeras con mangos de madera; campanas de vidrio, macetas; cordeles para alinear tus plantaciones; rótulos para las plantas; un rastrillo de madera para recoger las hojas secas, i uno de fierro para limpiar las avenidas; un plantador, una podadera, un ceda-zo. ¿Qué mas todavía?... Todo lo que quieras; excepto esos abominables juguetes que los falsos aficionados colocan entre las flores, so pretesto de ornamentación; quiero decir esos grandes globos de vidrio, que sirven como espejos; esos aquariums, esas estátuas de yeso e intrincados juegos de agua.

Nó, Luchita, en tu jardín, solo habrá los productos de tu cultivo i los resultados de tus combinaciones. Así como te doi páginas en blanco para que escribas, te daré tambien esta página oscura para que hagas jermínar toda clase de ideas, con toda clase de flores.

¿Será éste el aprendizaje de la profesion que quiero que abracés? Nada sé. No hai mas obligación en ser jardinera, cuando grande, porque se sabe la jardinería, que en ser costurera, por haber cortado, cosido los vestidos de sus muñecas; i que llegar a ser institutriz porque se posee bien la historia, i porque se ha sabido desde mui temprano el nombre de *Tarquino el Soberbio*.

Lo que desde luego quiero enseñarte, es el gusto de la armonía visible, como te enseñó la música; quiero que aprendas el arte de los colores. Este jardín es un cañamazo que tú bordarás i matizarás a tu gusto; tus flores serán tus madejas de lana, i tus canastillos tus tapicerías.

Ya no me acuerdo en que cuento, en el del *Pulgarito* quizás, se habla de que se siente brotar la yerba.

Es un modo de hablar. Mas, regando tus platabandas, viendo despuntar al través de la tierra, crecer, abrir, florecer, la planta que tú misma habrás sembrado, sentirás distintamente brotar, agitarse dentro de tí toda clase de buenos consejos i de excelentes lecciones. Te sorprenderás, al cabo de algun tiempo, de vivir la vida de tu jardín; de estar siempre pronta, como él, a aprovechar un hermoso sol, a arrostrar una borrasca, a trabajar para crecer i florecer; llevarás dentro de tí, en tu corazón, un ramillete de todas tus flores; i creerás, al pasearte en tus avenidas, respirar el buen olor de tus virtudes.

El trabajo, Luchita, hé ahí la primera lección de la planta.

Pequeñita, imperceptible, ahogada en el suelo, principia a lu-

char; separa mui suavemente la tierra que le hace obstáculo; solevanta el pequeño guijarro, el tirano que quiere impedirle salir; tan pronto como sale, conoce que la miran; entónces, el amor propio la hiere i sube derecha, arrogante, i a medida que se aleja del seno maternal, i que se remonta en el aire, se embellece i se perfuma.

Verás como esta pequeña obrera no falta jamas a su deber. No se puede cambiar su vocacion, su naturaleza, su carácter; hacerla enroscarse hácia la derecha, cuando su destino es enroscarse hácia la izquierda. Ella gasta la paciencia del hombre, este Tarquino el Soberbio, que se entromete en las obras de la naturaleza para menoscabirlas i destrozarlas, sin haber conseguido nunca aumentar una sola línea de la lista.

El órden es el primer resplandor del trabajo, i la belleza es su despliegue.

Lo bello el mas fácil de comprender, aquel que se apodera de nosotros desde luego, aquel que nos ayuda a presentir otras bellezas, aquel que nos suministra infinitas comparaciones, es ese bello múltiple que brilla en el dibujo, en la forma, en la gracia, en el color de una flor.

Lecciones de trabajo, ejemplos de órden, nociones de lo bello, hé aquí, Luchita, las primeras cosechas de tu jardin.

Mas lo bello es la coquetería del bien. ¿No es cierto, queridita mia, que era preciso ser un atroz tirano para pensar en mantanzas, i para preparar crímenes, en medio de su jardin?

El hombre que no ama a las flores, no ama a la humanidad, i la mujer que no las comprende es un mónstruo en la naturaleza.

Las flores nos hablan, en efecto. Su perfume es la cancion muda que ellas, para ser amadas, entonan a los que pasan. Cada una tiene la suya; i el coro silencioso que la brisa reúne, sube hácia el cielo como una plegaria, forzando a las almas a abrirse, a exhalar sus perfumes, i a orar tambien.

¿Se sabe acaso de dónde viene el perfume de la flor? Nó. Es su secreto. La rosa no se lo ha dicho a nadie, i el clavel desafía a que se lo arrebaten jamas. Bástale a la planta llenar su deber bajo la lluvia, bajo el rocío, bajo el sol, para poder embalsamar.

Cuando hayas llegado a ser una hábil jardinera, i que sientas brotar las flores, sabrás, Luchita, que las plantas viven i se ajitan. Sin duda, ellas no tienen una alma como la tuya; pero tienen algo que no se ha definido aun i que es la pequeña alma de las flores. Despiértanse por la mañana, bostezan durante el dia; duérmense por la noche; algunas veces, parecen escuchar las necedades que decimos, i ellas se estremecen.

Un gran naturalista, cuyo jenio aprenderás a honrar, Lineo, ha descubierto que la flor del loto se envolvía, se cubria de hojas, para dormir a sus anchas, sin ser importunada, ni mas ni ménos como tú te pones tu gorro de dormir, pero, sin duda, mas correctamente que tú.

Una señora ha traído de Bengala una especie de pipirigallo que se mueve sin cesar, que adora al sol, i que bate sus hojas a su aproximacion, como aletean los pollitos al acercarse su madre.

¿Conoces la sensitiva? Tú la has visto estremecerse, temblar, sustraerse a ciertos contactos. ¡Ah, hijita mia, si pudiéramos sentir del mismo modo la aproximacion de los malvados, de los cobardes, de los hipócritas! ¡Si pudiéramos pedir a estas plantas su delicadeza, i dar a nuestro corazon su sensibilidad, sus presentimientos!

Ya ves cuantas cosas morales se pueden respirar en este jardin. No te lo digo todo. Te dejo el placer de muchos descubrimientos. Sin contar que las plantas, venidas de paises lejanos, nos traen, bajo sus hojas, un poco de la historia i de la jeografía de aquellos paises.

Te pones séria, Luchita. Tienes miedo de que no haga de la jardinería un pretexto de lecciones demasiado severas. Desengáñate: Lo que te digo hoi, lo podrás olvidar mañana, pero te acordarás mas tarde.

Diviértete en tu jardin. El grano que deposito en tí no es para que jermine en un dia.

Hai una ciencia de las plantas que se llama la botánica. La aprenderás, cuando seas grande; la buscarás tú misma, cuando te parezca necesaria; tomarás el libro cuando hayas llenado el herbario.

No te inquietes, pues, de saber si hai nombres griegos, latinos, sabios, pedantes, para designar las flores que has de plantar. Dales nombres ordinarios; invéntalos si quieres. Trátalas como a tu muñeca, segun tu gusto, segun tú humor, segun tu emocion, segun tu amistad. Amalas primero; estúdialas en seguida.

La naturaleza, Luchita, es como una abuela cuya bondad se prueba, cuya avanzada edad se venera, cuya experiencia se admira, i de quien se reciben lindos regalos, aun ántes de haberla oido referir sus historias. Eres demasiado pequeña para besarla en la frente i en las mejillas; bésale las manos llenas de rosas i de frutos; contéplala sin temor, pero con respeto. Mira cuán buena es, aunque haya sufrido tanto; cuán dulce a pesar de nuestra ingratitud; i cómo es siempre jóven a pesar de su vejez. Pídele la fuerza que derrama en aquellos que se acojen a sus brazos i las virtudes que inspira a aquellos que no la reniegan jamas.

Debes perdonarme, Luchita, si te digo cosas un poco duras para tu edad. La idea de tu jardin se me sube a la cabeza; todas tus flores me emborrachan. Me olvido pensar en alta voz delante de tí, deseando verte un dia pensar como yo.

Supon que te toco en el piano una sonata que aun no puedes descifrar. Comprendes, sin embargo, que es bella música, que es preciso saber, que tú sabrás un dia, i vagamente percibes la armonía. Eso me basta.

Cuando la Escritura dice que el paraiso terrestre era un gran jardin, da una leccion a la humanidad, i la exhorta a la jardinería, como a la conquista del paraiso perdido.

¿Creerás, hija mia, que el hombre ha olvidado durante largo tiempo amar a la naturaleza? Ahora, recientemente, solo ayer, esto es, ahora cien años, algunos filósofos, algunos soñadores se han acordado decir que quizas seria bueno buscar en las plantas, en las flores, en los bosques, los consuelos que no dan las ciudades i que los hombres no saben dar.

Habian tiranizado a la naturaleza; poníanle un uniforme, casi una librea; los jardines estaban vestidos, peinados, empolvados. Era abominable.

De repente se percibieron que esos jardines eran los de Tarquino el Soberbio, que solo brotaban amapolas, que solo se paseaban hombres de Estado; i entónces hízose una gran revolucion para volver a encontrar el jardin sencillo, la naturaleza tal cual es.

Desde aquel tiempo, cada uno aspira a la jardinería, todos quieren tener su pequeña casa de campo. No pudiendo devolver al punto el paraiso a los que en él sueñan, hánse creado, en las ciudades, hermosos jardines, parques, en donde los pobres se pasean. Fórmanse jardines para los niños; e ir a la escuela, ya no significa irse a encerrar en una sala oscura, en una prision; hoi dia, eso quiere decir ir al jardin.

Los mas lindos libros de estos tiempos, aquellos que leemos con mas gusto, comenzando por *Pablo i Virginia*, son todos libros donde los árboles, las plantas, el cielo, desempeñan un importante rol; no se puede componer una obra maestra, sin colocar el perfume de la naturaleza, i este perfume basta muchas veces para hacer la obra maestra.

Un excelente hombre, que solo poseia talento, casi encontró jenio, una mañana, refiriendo la historia de una pobre plantita que habia brotado entre dos lozas en el patio de una prision.

Esta planta, la *Picciola*, como la llamaban, hizo un milagro. Ella enseñó la paciencia, la resignacion, el espíritu de sacrificio, la estima de sí mismo, la estima de los otros, la confianza en la humanidad, la esperanza en Dios, todo lo que realza al hombre, todo lo que lo engrandece; ella enseñó todas estas cosas al prisionero, sin tomarse otro trabajo que el de florecer, de enviar sus perfumes hácia los cuatro rincones del patio.

Si un simple alelí hizo estas cosas, porque parece que era un alelí, juzga, Luchita, todo el bien que puede hacer tu jardin. Tienes con que salvar del mal a toda una familia.

Vamos pronto a medir tu jardincito.

V.

LOS ANIMALES.

Tu hermano te ha llamado animal, i tú lloras, Luchita.

La palabra te ha parecido fea; i lo es en efecto, en la intencion, mas no en la realidad.

¡Oh, si los verdaderos animales hablasen, como se tratarian entre sí, de *hombres* i de *mujeres*, cada vez que quisiesen acusarse de suficiencia, de vanidad i de inútil ferocidad!

Algunos sabios, que llevan demasiado léjos la estima de los animales i el desprecio de sí mismos, pretenden que descendemos de los monos. Creo mas bien que nos empeñamos en acercarnos a ellos. Pero, lo que es mui cierto, es que los animales nos han precedido sobre la tierra. Ellos no han venido donde nosotros; nosotros hemos ido donde ellos. Ellos no necesitaban de nosotros; aun podrian pasarse sin nosotros, puesto que no somos su alimento necesario; mas nosotros no sabríamos estar sin ellos.

¿Podrias imaginarte, Luchita, un mundo, en donde no se oyera ni el canto de un pajarillo, ni el zumbido de un insecto, ni una queja en el bosque, ni un bramido en la llanura; en donde los árboles, las yerbas, los rios i el mar estuviesen vacíos?

¿No es cierto que seria mui fastidioso i sumamente embarazoso para el hombre? Al fin i al cabo, podria vestirse, masticar heno, legumbres i frutas, pero ya no tendria ni compañero, ni enemigo; ni mas punto de comparacion, ni ejemplos a su alcance.

Preciso es pues respetar a los animales como a nuestros mayores, i amarlos como a nuestros amigos forzosos. Ellos son quienes nos han civilizado; esto se ve por demas. Sin ellos, seríamos los animales feroces de la creacion; ellos nos han enseñado el trabajo i la lucha; la paciencia, la sumision; ellos han llegado a ser nuestros primeros servidores, despues de haber sido nuestros primeros maestros.

Cada una de las artes que cree poseer la humanidad, está representada especialmente por un animal; i todos nos enseñan el arte universal de amar a sus pequeñuelos i de proteger a su familia.

En adelante, cuando tu hermanito te llame animal, respóndele:

—Sí, soi animal, por la ternura sin artificio, por la abnegacion, i quiero ser así tan animal toda la vida. Quiero ser el perro fiel del hogar, el ave que canta para disipar el tedio, el cordero que da su lana para vestir a los niñitos desnudos, el insecto que llena su tarea en la oscuridad i en el silencio, la abeja que fabrica la miel, la hormiga que acapara. Pongo todo mi empeño en ser animal de este modo. ¡Tanto peor para tí, si crees hacerme una injuria llamándome así!

I lo que tú responderías a ese impertinente muchachuelo a

quien amamos, ámbas, como dos buenos animales de madre i de hermana, es preciso creerlo, hija mia.

Interroga tu corazon. ¿No te dice acaso que *Fido*, tu perro, es un ejemplo de fidelidad a sus deberes, de actividad en el trabajo, de inquieta solicitud, cuando se le ordena vijilar?

Por la noche, cuando estás en tu cama, i cuando, al traves de las puertas o de las ventanas, sientes pasar como una amenaza, en el viento que silba ¿acaso no te consideras mui feliz de escuchar el ronco ladrido de tu perro, que parece enronquecerse mas aun, para asustar a los transeuntes sospechosos?

Acaso no tienes reconocimiento por este amigo que vela sobre tí, i que, por la mañana, cuando tú le das las gracias acariciándolo, viene a restregarse contra tí, batiendo dulcemente su cola, no atreviéndose a estenderte la pata i como diciéndote en su lengua de perro:

—Estad tranquila, o mas bien, tranquilízate, Luchita, (porque yo creo que los perros nos tutean) miéntras viva, yo te protegeré i no permitiré que nadie te falte al respeto.

I cuando parte para la caza con tu padre ¡qué leccion de sagacidad se prepara a dar! cómo mira al cazador diciéndole: “¡Yo soi tu nariz que camina!” No atreviéndose a decirle, a tanto llega su modestia: “¡Yo soi toda tu ciencia!”

¿Haces un jesto de duda? ¿Parece que no crees en la modestia de los perros? Bien se ve, Luchita, que aun no has visto perros sabios. Son aquellos que humillan la fatuidad de los hombres, i que, para saber mas que los otros, no se creen autorizados a ser mas áltivos que un simple perro de corral.

No te hablo de los perros de caridad que salvan a los viajeros i que no tienen nunca ni una medalla en su collar, ni otra esperanza que la de morir un dia en medio de las nieves, en el agua o en la esquina que los ha visto tanto tiempo tiritar, pidiendo una limosna para otro.

Tal es el perro.

El gato tiene otros méritos, i quizas ménos virtud. Es cariñoso, pero rasguña; le gusta jugar, mas no quiere incomodarse. Cuando el hombre ha buscado un emblema para expresar la fidelidad, la piedad del recuerdo, el sacrificio, ha escojido al perro i nunca ha encontrado otros.

Mas, cuantas veces ha querido pintar la hipocresía, la astucia, el robo solapado, ha pensado en el gato. Siempre que ha tenido que quejarse de una creatura femenina, indolente, perezosa, golosa, dormilona, delirante, amiga de abusar de sus gracias para ser adulada i de reemplazar el espíritu de conversacion por un sempiterno *run-run*, ha mentado a la gata.

Minette acaricia, hija mia, mas *Fido* abraza; aspira a las virtudes varoniles del perro. Siempre te quedarán uñas bastante largas i suficiente donaire para rasguñar i hacer *run-run*, cuando no tengas otra cosa que hacer.

No necesito hablarte del caballo. Tú lo admiras desde léjos. Permanece a esa distancia. Es el gran tentador; es el peligroso juguete de los hombres.

Ayer te he hecho leer en Buffon que el caballo es la mas noble conquista del hombre. ¡Ah! Luchita, todo ha cambiado mucho desde Buffon; i el animal se ha vengado perfectamente. El hombre es su conquista. Cuando seas mas grande, te haré ver algunos caballeritos que los caballos han metamorfoseado i a quienes hacen trotar. Estos viejos hijos de los hombres están desolados por no poder andar en cuatro patas; mas, ellos alargan tan bien los brazos, doblan tan bien el dorso, que, en una o dos jeneraciones, el fenómeno será completo. Entre tanto, ellos ya no caminan, piafan. Ya no hablan, relinchan. Aun no comen heno, pero se perfuman con él.

Llevan herraduras en la corbata, en las cadenas de reloj, en el baston, en las colleras, en el anillo, quizas hasta llevan en los piés. Solo tienen ideas de caballo, conversaciones de caballo; para ellos se hace una literatura de caballo, una música de caballo; se les educan mujeres de caballo.

No vayas, sin embargo, hasta aborrecer el caballo a causa de su semejanza con el hombre. Es un bello animal, bueno a sus horas, algo orgulloso, un tanto necio, como toda creatura que gusta pavonearse i caracolear, i que tiene su puesto en las apoteosis guerreras; pero es un animal bravo, un soldado, hecho para soportar soldados.

El asno tiene ménos prestigio i mas virtud. Sóbrio, paciente, algo testarudo, como toda jente sencilla; vive con los pobres i vive como ellos. Es el súfrelotodo de los niños ingratos. Tú no lo maltratarás nunca ¿no es cierto, Luchita? Me imagino que para algun objeto tiene sus orejas tan largas; son como dos grandes cuernos, en los cuales recoje todas nuestras necesidades, todas nuestras palabras vanas. De tiempo en tiempo las sacude para librarse de ellas; pero quizas no consigue arrojarlas todas; algo, sin duda, le entra en la cabeza, i hé aquí por qué lo tratamos de asno.

No tengo que recomendarte que ames a los pájaros.

Te encargo sí que los ames en los árboles, en el espacio, en las flores de tu jardin. Las jaulas, aun cuando concluyan por acostumbrarse, son ofensas para ellos.

El ave es el alma de la libertad que vuela; es el emblema de todo lo que se remonta hácia el cielo, la risa, el canto, la mirada, la oracion.

Los animales que caminan nos enseñan los deberes de este mundo. Las aves nos hacen levantar la frente i pensar en el otro. Los mas pequeños son los mas fuertes para alzarnos sobre la tierra, para arrastrarnos, para esparcir nuestros ensueños al traves del infinito.

Toda ala que pasa es un desafío a la materia inmoble, i el hombre no puede soñar en los ángeles sin darles alas.

Tienes razon en amar los pájaros. Por sí mismos no tienen muchas ideas; dotados de pequeños cerebros, tienen pequeños espíritus; pero ellos hacen nacer, provocan, arrastran, trasportan las ideas que no poseen.

¡Ah! si tuviésemos alas, cuán léjos no nos remontaríamos para ir a buscar el olvido, el consuelo, el remedio de las miserias de aquí abajo! Dios no ha querido que pudiéramos volar en los aires; pero nos ha enviado a las aves para darnos siquiera la ilusion de un viaje imposible, i para obligar nuestros pensamientos a salvar, por la reflexion, el infinito que no podemos salvar en realidad.

Hai aves malélicas, así como hai hombres malvados. Si todo fuese bueno en la naturaleza, uno se gozaria demasiado en ella.

Pero las águilas, los buitres, los gavilanes, esos bandidos del espacio, no te piden que los ames.

No pienses en ellos, Luchita, sino para compadecer a sus víctimas. Está persuadida que hai un castigo reservado a las águilas presuntuosas, i una recompensa prometida a los pajaritos que ellas tiranizan.

Tú no eres aficionada a la pesca. Estoi, pues, segura que no atormentarás a los pescados.

Están a la moda desde hace algunos años, i, demasiado, a mi modo de ver. El aquarium me desagrade aun mas que la jaula. Me impaciento al ver esos mudos pececillos en sus incesantes vaivenes. Que se estudien sus costumbres: eso es ciencia. Que se les coja para comerlos: es una necesidad. Mas, que se les contemple, por el solo placer de contemplarlos, hé ahí lo que yo considero como un síntoma mui sensible de embrutecimiento.

Es por la redoma de dorados pececillos por donde los niños principian, i por donde las naciones concluyen.

Para terminar la leccion ¿será preciso, Luchita, recomendarte que tengas piedad del mas pequeño insecto? A menudo llamamos dañoso aquel cuya lei no comprendemos.

Espera, para juzgar, que la luz se haga en tu espíritu; i deja pasar, sin incomodar, el sér que no puede ni defenderse ni implorarte. Todos los animales son iguales ante nuestra ignorancia. Todos han sido colocados en este mundo como obreros necesarios, para funciones que no hemos del todo adivinado.

Dejemos a la naturaleza estos ajentes misteriosos, estos ruidos, estas voces, estos mensajeros, portadores de un secreto. Vivamos con ellos en buena amistad; defendámonos, no ataquemos. El mundo es bastante vasto para que toda la creacion quepa a sus anchas. Si todos los animales se sublevasen, la humanidad seria incapaz de resistir. ¿Para qué, entónces, provocar con crueldades a compañeros que no quieren vengarse?

En fin, mi Luchita, acuérdate que el niño Jesus está siempre

representado en el establo, entre el asno i el buei; como si los animales pacíficos, sin los cuales no puede pasarse la humanidad, hubiesen sido admitidos los primeros, aun ántes que los Reyes Magos, al alto honor de saludar al Mesías.

Acuérdate tambien que, para hacérselo adorar mejor, nos muestran al Salvador del mundo, llevando sobre sus hombros una oveja que acaba de salvar.

Piensa en esto cuando encuentres algunos animales, i perdona a tu hermanito. Es un falderillo que, mas tarde, será para tí un excelente perro guardian; pero que, entre tanto, ladra a uno i otro lado, sin saber lo que dice al ladrar.

LUISITA.

VI.

LA PRIMERA COMUNION.

Nos pides que te bendigamos, mi querida hija. Los besos que tu padre i tu madre te dan todas las mañanas i todas las noches, no te bastan hoi dia. Esta primavera de tu conciencia, que ya se despierta en la pureza, necesita la aurora de un nuevo amor i respeto.

Ven, pues, a mis brazos, Luisita mia, porque ya no eres Luchita. La niñita que yo entretenia con mis cuentos, i cuya muñeca, ménos culpable que ella, yo reprendia, no tendrá ya necesidad de ficciones para entretenerse o para instruirse.

Ahora le es necesaria la verdad, toda la verdad.

Tú la pides con fé, con una resolucion cándida i entera. Has borrado, por un sincero arrepentimiento, todas tus faltas de la niñez; la pájina de tu corazon está blanca, i, ántes de ofrecerla a Dios, tú quieres que la rubriquemos con un beso.

Temes no estar suficientemente arrepentida para que Dios se incline hácia tí, para que venga a reposarse en tu alma. Quieres que la bendicion de tus padres añada un albo velo, un doble amor a tu tierno amor, una plegaria a tu oracion. ¡Te bendecimos, hija mia! ¡Marcha sin temor hácia Dios, tú a quien Dios envió hácia nosotros!

En tu catecismo has aprendido todo lo que debes saber. No me toca a mí hablarte como te hablaban en la iglesia. La teología maternal debe limitarse a decirte:

—¡Ensancha tu alma, toda tu alma, Luisita mia; es el secreto del amor divino que van a derramar en tu corazon, para acrecentar tu poder de amar i de sacrificarte!

Todas las relijiones, todos los pueblos han reconocido, para la juventud, la necesidad de una iniciacion solemne a la vida ideal.

En todos los tiempos, bajo todos los cielos, los padres, las madres i los sacerdotes, han cubierto de flores i regado con piadosas lágrimas los umbrales que vas a pisar por vez primera.

Los paganos, los católicos, los protestantes, los judíos, los musulmanes, aun los filósofos, todos aquellos que respetan los destinos terrestres i cuidan de las esperanzas infinitas, han querido que las imaginaciones juveniles fuesen deslumbradas i penetradas, durante un dia, con las luces que nos vienen de arriba, i que nos sirven despues para ver mejor en las tinieblas de abajo.

Es una alianza que se hace contraer a los mortales, con la inmortalidad del bien, i han escojido la primavera del año para celebrar esta fiesta de la primavera de la vida; han querido asociar la idea de una estacion nueva para el alma a la renovacion de la naturaleza, a fin de dejar un perfume indestructible al recuerdo de esta jornada.

Tú, mi Luisita, hoi dia no eres únicamente la linda margarita que el cielo me ha dado, el lirio que he visto crecer; tú eres mi savia en su completo desarrollo: me siento reflorecida, purificada, perfumada al verte. Me parece que soi yo quien va a sonreir i llorar bajo tu velo.

Temblaré como tú cuando te acerques al sagrado altar; llevaré mi corazon encendido como tú llevarás tu cirio; comulgaremos con la misma hostia; i el mismo éxtasis nos arrobará a las dos.

Los goces inefables que vas a experimentar no se desvanecen jamas. Los mismos hombres, aunque mas tarde lleguen a ser indiferentes, incrédulos, paganos; aunque renieguen hasta de su fé, no por eso podrán renegar las dulces emociones de su primera comunión. Viejos, tristes, desconsolados, rejuvenecen, se consuelan, esperan; cuando evocan este dia de radiante juventud, de confusa ternura, de humildad i de altivez a un mismo tiempo, este dia en que se sintieron alijerados de todos sus defectos, buenos, fervorosos, amando mas a sus mayores, amados con mas gravedad, llenos de respeto i respetados, como séres consagrados, santos, en medio de una santidad que los arrastraba, fascinados, dichosos, viendo sonreir a los cielos, i la tierra tapizada con sus flores, avanzándose entre una doble bendicion, hácia un misterio divino que los exaltaba, que los separaba de la infancia i los emancipaba en el ideal!

Tu padre, Luisita mia, que pasa por un filósofo, me ha prometido venir a la iglesia; i yo te aseguro que rogará, talvez de un modo mui distinto al que se ruega en los libros, pero no por eso menos bien. Ambos te acompañaremos hoi, como, espero en Dios, podremos acompañarte un dia, ante el mismo altar, para otra ceremonia.

Todos los deberes relijiosos, hija mia, deben servir para aliviar i perfeccionar la tarea humana. Dios no es un padre egoista i envidioso, que nos atrae para guardarnos. El te devolverá esta tarde a tus padres, a tus amiguitas, a tu hermano, a tus estu-

dios, a todo lo que tiene necesidad de tu trabajo, de tu buena voluntad; solo sí, te devolverá mas fuerte.

Tendrás en tí la idea de una victoria siempre prometida, de un consejo siempre ofrecido; tu fé de cristiana alimentará tu vocacion de niña i de mujer.

No te arregles una actitud para este dia. Sé sencilla i verdadera en tu emocion.

Si la dicha te hace sonreir, no ofenderás a nadie por la inocencia de tu ventura. Si lloras, no te avergüences de tus lágrimas.

Tu vestido está pronto. Lo he querido sencillo. El lujo, en un dia como éste, es una imprudencia sacrílega.

No sé si algunas madres pueden ser bastante indiscretas para hacer a sus hijas coquetas delante de Dios; en cuanto a mí, temeria turbar tu conciencia, adornándote demasiado exteriormente, puesto que la belleza interior es la única que vale a los ojos de Aquél que no puede engañar ningun adorno.

No quiero decirte mas, hija mia. Las palabras mejor intencionadas podrian turbar tu recojimiento. El silencio es el pudor de la piedad. ¿No te he dicho bastante al darte mi bendicion?

Ven a tomar este velo blanco i este vestido blanco que se lleva dos veces en la vida, para dos grandes iniciaciones.

No tienes corona visible que ponerte hoi sobre tu frente; mas hoi es cuando principias a recojer, una a una, las flores de la corona que llevarás un dia.

¡Bendita seas en tu inocencia, tú que me has bendecido en mi maternidad!

¡Delante de Dios que me oye, delante de tu padre que me escucha, deseo a mi ventura de esposa i de madre el poder inspirarte un dia esperanzas tan dulces como los recuerdos embriagadores despertados en mi alma por tu dicha de jóven i de cristiana!

VII.

LOS SIRVIENTES.

Luisita, respóndeme.

¿Un plato quebrado, un mueble no mui limpio, valdrán la pena que se cause un pesar profundo a un honrado servidor i que se le provoque a aborrecernos?

Dices que nó. ¿Por qué, entónces, esta mañana, te he sentido reñir con tanta cólera al sirviente?

Ignoro lo que le decias; no he comprendido bien, pero tú querias humillarlo, anonadarlo con tu superioridad, porque ya no rompes nada, i porque no dejas un grano de polvo en las mesas de tu cuarto.

Has hecho mal, Luisita.

Es cierto que me gusta conservar mis platos i que no tengo la intencion de renovar mis muebles; mas tambien quiero conservar mi sirviente. Tiene las manos algo pesadas, pero es probo i honrado; sacude mal, pero es atento. Se puede reemplazar fácilmente la vajilla i los sillones; se corre mas riesgo en querer reemplazar una creatura humana, cuyos defectos no son mui grandes, i cuyas buenas cualidades os son garantidas.

Cuando tengas tu casa propia, te deseo, Luisita, que estés tan bien servida como se puede estar cuando una no se sirve a sí misma. Pero ¡ten cuidado! La ciencia de los amos debe preceder i preparar la ciencia de los domésticos; es difícil saber mandar, pero es mucho mas difícil saber servir.

Un hombre de Estado, de esta última época, no halló mejor divisa que poner en sus blasones, cuando juzgó a propósito tomar una, que esta palabra:—¡Sirvo!

Se complacia, el orgulloso.

Hubiera querido verlo de librea, presentando una bandeja a sus convidados.

Por lo regular, se está mal servido, porque no se sabe lo que debe esperarse de los servicios de los criados i las consideraciones que es necesario tener con ellos; porque se ha perdido, junto con el sentimiento de los deberes de los sirvientes, el sentimiento de proteccion de parte de los amos.

En otro tiempo, mi Luisita, un servidor llegaba a ser una especie de pariente, familiar i obsequioso, que daba su parecer en las ocasiones decisivas, a quien se admitia en los goces íntimos i que mezclaba su alma a la de la familia.

Eran, en cierto modo, como unos segundos institutores para aquellas cosas que ni los libros, ni los maestros enseñan. Eran los primeros confidentes de los pecadillos fáciles de perdonar; los primeros intercesores cuando se trataba de abrir la puerta al hijo pródigo.

He sentido humedecerse mis ojos, al leer la historia de una sirviente de los tiempos pasados, historia que te voi a referir.

Un filósofo del siglo último habia venido mui jóven a Paris, a pesar de la prohibicion de su padre, que fabricaba cuchillos en la ciudad de Langres.

Paris era ya en aquel tiempo una mansion ruinoso para los estudiantes, i mui temible para los padres de provincia.

El pobre jóven filósofo aprendia mas filosofía que la que hubiera querido aprender. Roia sus libros i sus vestidos cuando no tenia pan que comer; i, mui a menudo, el ingrato, cuando su estómago estaba vacío, volvía los ojos hácia la casa paterna. Pensaba en la mesa bien servida, en los excelentes cuchillos trabajados por su padre i que no tenian necesidad de afilar para rebanar los succulentos pasteles confeccionados por su madre; estremecíase al pensar en las dulzuras de su hogar i lanzaba hondos suspiros.

Esos suspiros, ya se exhale a cien leguas o a setenta de distancia, el corazón de las madres los oyen siempre.

La mujer del fabricante despertábase algunas veces al sonido de una voz temblorosa, fatigada, que decía al través de la puerta: — ¡Madre, tengo hambre!

La excelente mujer sacaba entónces de su viejo armario de nogal, tres monedas de oro ocultas con esmero, ponía en un cesto bien cubierto, una galleta, medias tejidas por ella, un paquete de besos, i corría a la cocina i decía a la sirviente:— Finje que vas al mercado, i te vas a Paris.

La sirviente se quitaba su gran delantal, se ponía su jubon de los domingos para hacer honor a Paris, tomaba su cesto i se marchaba.

De esta manera caminaba mas de sesenta leguas, a pié; una mañana llegaba por la barrera de Charenton, endilgaba por las calles de la gran ciudad, trepaba la larga escalera de la bohardilla del filósofo, i, empujando la puerta mal cerrada, exclamaba: — ¡Aquí estoy!

Abrazaba entónces al pobre hambriento, le daba los tres lises, lo reprendía, lo amenazaba de no volver nunca mas; le acomodaba i remendaba su ropa; veía que, a pesar de todo, el hambre le sentaba; besábalo en las dos mejillas i volvía a partir para Langres, a pié, como se había venido.

El fabricante, el padre bárbaro, sabía mui bien lo que pasaba, pero aparentaba ignorarlo. Durante esta ausencia, reía i lloraba arreglando sus cuchillos; i cuando la sirviente, con los piés llenos de polvo, el rostro tostado, volvía del mercado con el cesto vacío, ocultábase para oírla decir a su ama:

— ¡Lo he visto, está bueno, hermoso i os envía mil caricias!

Tres veces, durante los años de aprendizaje del filósofo, esta pobre sirviente hizo este viaje de sesenta leguas, para llevar siquiera tres lises i el beso de una madre al jóven *Diderot*.

¡I el servicio no la desanimaba! pues permaneció sesenta años en la familia, siempre pronta a volver a principiar.

¿No crees, Luisita, que semejante mujer merecía una hermosa recompensa?

Mas ¿por qué tales actos de abnegacion han llegado a ser tan raros?

Algunas veces oigo decir:

— ¡Es la falta de los criados! ¡Se les han enseñado tantas cosas, que se creen iguales a sus amos!

Sea como fuere, parece que no se les ha enseñado a sacrificarse.

En otro tiempo, se tuteaba siempre a los sirvientes; era la época en que no se tuteaba ni a su padre ni a su madre. ¿Se les guarda hoi día mas miramientos a los criados? ¿Se ama mas a los padres desde que ha cambiado la moda?

Una gran dama del tiempo de Luis XIV, la marquesa de Lam-

bert, escribiendo consejos a su hija, le decia que tratase a sus sirvientes como *amigos desgraciados*.

I luego añadía:—lo que es mas notable de parte de una marquesa que pertenecia a la corte mas orgullosa del mundo—que la *casualidad* era la única que establecía la excesiva diferencia entre una marquesa i una sirviente, i que *nada rebaja tanto como manifestar orgullo al que nos está sometido*.

No olvides la leccion, hija mia. Pon tu altivez en la dulzura, i tu autoridad en la razon. Luchar en orgullo con jentes ménos instruidas, es provocarlas a revueltas, a insolencias que es preciso evitar siempre, para guardar las distancias convenientes.

La cortesía es la gran fuerza de los amos, puesto que es la primera condicion que ellos imponen a los sirvientes.

Sé, pues, siempre afable para reclamar la cortesía i para excluir la inútil familiaridad.

Si los servidores son amigos caidos en la desgracia, son amigos que *se pagan*. Esto basta para que desconfies un poco de la ternura que te manifiesten i que quizas no es del todo desinteresada.

Que no crean nunca que el salario de su trabajo los obliga a adularte i a mentir. Manifiéstales que tú no pagas su corazon; i, sobre todo, Luisita, no les pidas jamas virtudes, de las cuales tú no les hayas dado el ejemplo. Seria suponerlos mas ricos que tú.

En la vida, sin que aparezca a primera vista, uno es a menudo el servidor o la servidora de alguna cosa o de alguién.

Cuando te conduzca en medio del mundo, tú verás, hija mia, individuos que saludarán a otros, mas servilmente que el criado que barre nuestro cuarto o limpia nuestro calzado.

¿Qué ambicioso puede decir que no llevará nunca librea? El nombre cambia, pero los galones son siempre los mismos. Debes ya haber comprendido que en una multitud vestida de frac i de corbata blanca, es muchas veces difícil distinguir los amos de los criados.

Quedé sorprendida, un dia, pidiendo un vaso de agua a un señor que yo tomaba por un sirviente.

Era un sabio que no sabia enojarse, pero, en el fondo, era un presuntuoso que no dudaba de nada. Fuéme a buscar el vaso perdido; al pasármelo, desparramó toda el agua sobre mi vestido. Tratólo públicamente de torpe.

¡Ah! Luisita ¡cómo fuí castigada! Todos se pusieron a reir; el señor sonrió galantemente, i yo quedé confundida, humillada de haber descubierto mi equivocacion, no por mi modo de pedir de beber, sino por mi modo de contestar a una torpeza.

Si hubiese sido cortés, nadie habria notado mi engaño. Acuérdate del error de tu madre, i cuida de no confundir nunca un caballero con un criado.

Quisiera, hija mia, preservarte igualmente de una costumbre pretenciosa i vulgar, la de hablar de los sirvientes, a cada paso,

en sociedad, i la de murmurar de ellos, aun en su presencia. Las dueños de casa que se dejan llevar por estos accesos i por estos excesos de vanidad, parecen siempre, denigrando tanto la cocina i la ante-cámara, querer renegar i hacer olvidar su propio oríjen.

Sucede en el hogar, Luisita, lo que con el tocado personal i la devocion: son éstos, deberes tan imprescindibles, tan necesarios, tan naturales, que hablar de ellos, es manifestar que se ha hecho un esfuerzo para comprenderlos.

Cuando oigas a algunas personas lamentarse sin fin de sus domésticos, comprenderás que son incapaces de un cuidado mayor, de un tormento mas ideal. Las pequeñas miserias que la domesticidad mezcla a nuestra existencia, son reales; pero son de la misma naturaleza que todas aquellas de que no se habla, a ménos de lloriquear continuamente sobre la condicion humana.

En el fondo de mi alma, perdono, mas a menudo de lo que ellos creen, a esos séres que nos deben únicamente sus servicios i a quienes exigimos un constante buen humor.

Delante de ellos nos permitimos toda clase de caprichos, de impaciencias; les pedimos que sufran con nosotros; pero no queremos soportar sus lágrimas, sus decepciones, sus tristezas. No les permitimos la familia, la paternidad, la patria, sino en ciertos dias i a ciertas horas. Somos felices cuando se desentienden un poco de sus mujeres, de sus hijos i de su pais.

Si la separacion les cuesta mucho, si sucumben de pena, si nos dejan, nosotros, que solo les hemos dado el salario de sus años de destierro, los llamamos ingratos.

¿I nosotros no lo somos nunca para con ellos?

Si tu padre fuese bastante rico, quisiera que tuviese la honra de establecer un premio para el amo que nunca hubiese dado un mal ejemplo, un mal consejo, ni dirijido una injuria o un reproche injusto, a sus domésticos.

Dime, Luisita, que quieres ganar ese premio; i tú lo recibirás un dia, de tí misma, cuando te sientas feliz, tranquila, respetada, en tu honesto hogar, con servidores honrados para abrir tu puerta a jentes honradas.

RUPERTO MARCHANT PEREIRA.

(Continuará.)



UNA MAJIA SINGULAR.

Los prestijiadores usan de ciertas palabras merced a que desaparecen los objetos i tórnase lo blanco en negro i las apariencias engañosas se revisten de una existencia real i efectiva.

El arte que tal realiza es sin duda admirable; i uno tentado se siente a creer que solo por obra de encantamiento se efectúan esos prodijios que sorprenden, i esos hechos que espantan, i esas manifestaciones de un poder májico i seductor; i el vulgo aplaude calorosamente, corriendo parejas la fé en la mentira con la habilidad de los engañadores.

Los alquimistas de la Edad Media fueron miserables ilusos que corrian en busca de la piedra filosofal sin encontrar el éxito de una esperanza ambiciosa, ni conquistar a las turbas, ni arrastrar como prosélitos a pueblos enteros. Las palabras májicas de la Edad Moderna valen mucho, muchísimo mas que la invencion de los alquimistas.

No hablamos de los que hacen el negocio de sus bolsillos con los misterios de la prestijacion en el recinto de un teatro mas o ménos grande, pero que al fin es divertimento inocente a costa de la credulidad pública. Nos referimos a un jénero mui conocido cuanto penicioso de prestijiadores que tienen a oficio embaucar a los pueblos (que no tan solo a los individuos) con el aparato de una majia arrebatadora a fuerza de ser impía, i en que mui poco se piensa por haberse popularizado en todos los paises modernos.

Esos embaucadores son hombres del corrillo, de la prensa i de la tribuna. El teatro en que funcionan es la sociedad entera. Esa majia que ejercitan es un repertorio de palabras, que la multitud acepta sin definir las i emplea sin comprender las: palabras májicas que todo lo pueden, que andan como vagando en la atmósfera i con ecos dilatados llenan el espacio; palabras que sueñan dulcemente al oido i se guardan gratamente en la memoria, dejando en el alma como las huellas de halagador ensueño, como los ecos de lejana armonía.

Lo misterioso i vago ha tenido siempre no sé qué secreto atractivo para los corazones; i no fuera de mucho extrañarse que lo incomprendible e indefinido, que asedia al hombre por todas partes, se trocara en un deleite suavísimo para las inteligencias.

Una palabra que no se comprende es a manera de un océano inexplorado, inmenso, sin riberas. ¿A qué poner un término a la inmensidad i un límite a lo infinito?

Vagas son las aspiraciones del alma, vago es el pensamiento que la ajita i vago el porvenir que la espera. ¿Quién ha sondeado los misterios del sentimiento, quién ha medido los abismos del corazon humano?

Nada encierra mas encanto que una ilusion i nada es mas indefinido que ella.

La poesía misma ¿qué es sino un pensamiento vaporoso difundido en las rejiones de lo ideal?

Lo desconocido tiene el poder de la seducccion, sea cualquiera el órden de sus manifestaciones; porque lo desconocido puebla el imperio de la fantasía i es la aspiracion irresistible de las inteligencias creadas.

Mas ¿para qué engolfarnos en tan difusas reflexiones? Al hablar de los encantos de lo indefinido, nuestra pluma se ha dejado llevar por una incoherente vaguedad, como si participara del secreto influjo de lo misterioso.

¡Basta! Mui léjos de nuestro propósito está el hacer la apología del misterio.

Reconocemos un hecho i tratamos de explicarlo. Eso es todo.

Quede para otros la supersticiosa historia de los oráculos, obra del delirio i de la mentira: nos repugna hablar aquí de trípodas i pitonizas, cuando la luz esplendente del siglo en que vivimos ha disipado, a lo que dicen, hasta la mas leve sombra de rastrera credulidad. Verdad es que una supersticion reemplaza a otra, que una mentira sucede a otra mentira i que la ciencia de las trípodas medra increíblemente i tiene sus sacerdotes i sus apóstoles i sus pontífices. Pero eso . . . al fin la moderna civilizacion ha resucitado al paganismo para estudiarlo detenidamente, i mas, para imitarlo, i mas aun, para glorificarlo i adorarlo.

Hemos afirmado un hecho; i ese hecho es que algunas docenas de palabras i un regular acopio de frases constituyen la magia del liberalismo.

¡Cuán gratas al oido son las voces *libertad, igualdad, fraternidad!* Al oirlas el vulgo se enardece de febril entusiasmo, i todo labio les rinde acatamiento. En nombre de ellas los crímenes se justifican i las iniquidades se borran. Hé aquí, pues, tres dogmas del liberalismo, o mas bien, una trinidad misteriosa que deslumbra, no por la sublimidad del concepto sino por la pompa de que se la reviste i el calor con que se la proclama i aplaude donde quiera.

¡I sin embargo, la libertad es un Proteo mitológico, i la igualdad i la fraternidad son como las sirenas que cantó la musa pagana!

El mundo moderno tiene sus divinidades como el antiguo. El Olimpo i el Orco no han sido creaciones estériles de la fábula condenada a perecer juntamente con la relijion de los ídolos. El Olimpo es todavía el paraiso de los modernos liberales, la mansion de las grandes divinidades, donde los dioses enseñan a los

hombres cosas maravillosas que los ojos no se cansan de ver ni los oídos de oír. Y como toda revelación es de suyo oscura, no hai que admirarse de que la doctrina liberal encierre muchísimos puntos negros e incomprensibles para la humana inteligencia.

Pero ¿el Orco? ¡Ah! el Orco es una mansión tenebrosa habitada por sombras i fantasmas. En la mitología liberal esas sombras son las ideas cristianas i esos fantasmas son los principios luminosos del catolicismo.

Después de todo, nos parece que un tanto nos hemos apartado i que tiempo es ya de abandonar la mitología para volver a la majia, siquiera sea para dirigir una pequeña advertencia a los que con la risa en los labios se burlan amargamente de los crédulos.

Cuando se trata de probar que una cosa existe, no hai como presentarla a la vista de todos: moviéndose probaba un filósofo el movimiento.

A los que se asusten o escandalicen de la majia, les preguntaremos:

Si la majia es el arte engañoso de embaucar i seducir ¿no es majia la del liberalismo, que seduce i embauca?

CÁRLOS AGUIRRE VÁRGAS.

RIMAS.

Era aun mui niño, i vivia
Con mis sueños i esperanzas
Esa vida de ilusiones
Que al final de la jornada
Después llora el alma triste,
Volviendo atrás sus miradas.

Era aun mui niño: una tarde,
Dormido a las asechanzas
Del amor, que sijiloso
A mis espaldas rondaba,
Me entretenia escuchando
Las armonías lejanas,
El concierto misterioso
De los valles i montañas,

Tejiendo alegres coronas
Con las flores de mi alma;
Mientras la brisa del valle,
Jugueteando entre las ramas,
Vino a acariciar mi frente
Sudorosa i fatigada,
Embriagando mis oídos
Las notas dulces i estrañas
De una celeste armonía
Mas dulce que la esperanza;
I despues besos i risas,
I enamoradas palabras,
I un algo como suspiros
De otra alma triste i hermana;
Cuando el amor entre juegos
Se acercó a donde yo estaba,
I jugando con mis flores
Se entretuvo en desojarlas,
I luego huyóse mui quedo
Entre una verde enramada.
Despues se vino la noche,
Sentí una espina en el alma
I al horror del desengaño
Ví que mis ojos lloraban
Mis ilusiones de niño,
Mis flores despedazadas.

Vírjen celeste de mis sueños de oro,
¿Por qué ¡ai! me acariciaron tus miradas,
Si la dicha falaz que prometian
Era solo ficcion de mi esperanza?

JAVIER VIAL SOLAR.



A continuacion tenemos el gusto de publicar dos composiciones poéticas debidas a la pluma del distinguido i simpático artista i literato español, don Federico Cervi Campasol, recién llegado a esta capital, de quien ha hablado ya la prensa diaria de Santiago i de Valparaiso, i a quien, despues de ofrecer privadamente nuestra amistad, tenemos el honor de saludar desde las páginas de LA ESTRELLA DE CHILE.

A MI AMIGO MIGUEL EN SUS DIAS.

Es la vida una montaña
Con cuestas a los dos lados;
Unos marchan hácia arriba
Otros marchan hácia abajo.
Querido Miguel, nosotros
Somos de los que bajamos;
Tú vas calzado i tus huellas
Se quedan tras de tu paso.
Yo nada me dejo en pos
Porque camino descalzo.
Tú bajas entre las flores
Que nacieron a tu lado
Contento con los perfumes
Que ellas te van regalando.
Yo sobre espinas desciendo
Con los piés ensangrentados.
Te acompaña la sonrisa,
A mí me acompaña el llanto.
¡Huellas dije! tambien yo
Huellas pudiera ir dejando
Mas son lágrimas que el polvo
Antes que pase ha borrado,
Ayes que arrebatara el viento
Entre sus jiros llevando.
Delante caminas tú
Feliz, contento, despacio.
Dios quiera que en el camino
Inviertas, Miguel, cien años.
Yo voi detras, pero huyendo
De mis pesares amargos;
De mi negra soledad,
¡Corro tanto! corro tanto
Que me doi por satisfecho
Si a un mismo tiempo llegamos,
I al juntarnos en la muerte
Tú feliz, yo desgraciado,
Tú diras: "Dejo . . . mis hijas."
Yo diré: "Dejo . . . mi llanto."

FEDERICO CERVI.

¡NO SOI TU PADRE!! ¡NO ERES MI HIJA!!

D O L O R A .

¿Por qué hechicera,
Preciosa niña,
Flor de mi alma,
Luz de mi vida;
¿Por qué tu planta
Junto a mí fijas?
Si has de olvidarme,
Si te retiran
Formas sociales
Del alma mia,
¿Por qué los rayos
De tus pupilas
Roban mi calma,
Matan mi dicha?
Si he de perderte,
Niña querida,
¿Por qué me hablas?
¿Por qué me miras?
¿Por qué tus labios
Puros, me brindan
Tiernos halagos,
Dulces caricias?
Niña que diste
Dicha a mi dicha,
Alma a mi alma,
Vida a mi vida,
Huye lijera
Sombra bendita,
Para que el mundo
No te maldiga;
Déjame solo
Con mi desdicha.
¡No soi tu padre!
¡No eres mi hija!

.....
.....

¿Por qué en tus sienes
Alabastrinas
Dejas que un beso
Mi labio imprima?
¿Por qué en tus trenzas
Que el sol codicia
Dejas que enjугue
Lágrimas mias?
Ojos de cielo,
Boca divina,
De Dios tus labios
Son la sonrisa.
Si he de perderte,
Niña querida,
Deja que muera
Planta marchita,
Sin el ambiente
Que aromatizas
En torno tuyo
Cuando suspiras,
Sin el influjo
De tus pupilas,
Que son espejos
Donde se miran
Las ilusiones
Del alma mia.
Sin tus halagos,
Sin tus caricias,
Sin tus cabellos,
Sin tu sonrisa,
Que es el rocío
Que fertiliza
La árida frente
Del pobre artista.
Solo me deja
Niña . . . ¡Mi niña!
¡No soi tu padre!
¡No eres mi hija!

Motril, 1874.

FEDERICO CERVI.

RECUERDOS.

Niño era i el estruendo,
Que a las rocas hiriendo
Forma el agua del mar,
Llegaba a mis oídos
Cual los ecos perdidos
De un canto misterioso i sepulcral.

Al jenio de los mares
Recuerda el alma mia,
Las noches i los días
Que junto al mar pasé,
Las olas espumosas
En el invierno frío,
Las aguas del estío
Templadas cual las brisas del verjel.

Léjos del suelo mio
Yo loco desvarío
Por dormirme en la arena de mi mar,
Mientras braman las olas
Léjos del mundo, a solas,
Con mis ensueños de ventura i paz.

¡Oh! si pudiese ahora
Cual ántes a la aurora
Al vaiven de mi esquife saludar!
¡Oh! cuán felice fuera
Si cual ántes pudiera
Al lado de mi padre navegar.

Cuando el sol i la luna
Luces dan i ninguna
Nube en los cielos va:
Grato es en blando esquife
En mar sin arrecife
Las movedizas olas desafiar.

Dulcemente dormido
Por las olas mecido
Del incansable mar,

Léjos de árida tierra,
Me es grato entre las olas
Con mi ilusion a solas
Soñar los sueños de ventura i paz.

ABEL MALDONADO.

DON DIEGO DE MENDIETA.

I.

Erase el año de gracia de 1575 i la última hora de una fria tarde de invierno. Las campanas la iglesia catedral de la Asuncion tañian tristemente i sus lúgubres sonidos iban a perderse a lo léjos entre los bosques que bordan las márgenes del Paraguay. Un acontecimiento extraordinario habia puesto en movimiento aquella ciudad que dormia en santa paz el sueño colonial; parecia que aquel dia la Asuncion habia despertado sacudida por una gran desgracia.

¿Qué habia sucedido? ¿Por qué jemian aquellas campanas? Sus lúgubres tañidos anunciaban la muerte del adelantado español don Juan Ortiz de Zárate.

Las campanas jemian, i aparentaban tambien jemir los habitantes de la Asuncion; pero la verdad era que los guaranies ya no cabian de contentos con la muerte del adelantado i que muchos españoles daban por ella gracias al cielo. I razon tenian para ello. No hai duda de que Zárate fué hombre a quien pocos igualaban en bravura, que repartia en los combates unos mandobles que ni el Cid los daria mejores i que tenia la audacia de un Hernan Cortéz; pero, como casi todos los capitanes españoles conquistadores de América, era un soldado brutal, inhumano, disoluto en sus costrumbres i para remate era tambien viscaino, lo que vale tanto como decir que era terco i colérico sobre toda ponderacion. Hizo bastantes proezas en el Paraguay i Rio de la Plata; pero en cambio las injusticias i tropelías que cometió, especialmente con los charruas i guaranies paraguayos, fueron las innumerables.

El pobre adelantado bajaba al sepulcro con la conciencia algo cargada; pero no era él hombre que se abatiera así no mas.

Cuenta Barco de Centenera que hallábase ya a los últimos Zárate, librando el postrer combate, i exclamaba aun con aire del que está dispuesto a no ceder un punto al enemigo:—¡Vaya! si podré yo con la muerte!

Pero con la muerte no hai valor, ni]resolucion, ni porfía que valgan; i no bien el adelantado acababa de articular estas palabras, cortó ella de un golpe el hilo de su existencia i el infeliz cerró los ojos i su alma voló a dar cuenta a Dios de tanta fechoría como cometió con los desgraciados indíjenas.

II.

Zárate dejaba un testamento i en él el nombre de la persona que debia sucederle en el mando, conforme a la autorizacion que tenia del rei de España.

El ya citado don Martin del Barco Centenera, compañero de Zárate, arcediano de la catedral de la Asuncion i autor de un poema titulado *La Arjentina*, nos lo ha dado a conocer en ocho versos, con que voi a obsequiar a los lectores, aunque mas no sea por enseñarles un testamento en una octava real:

Dejó en su testamento declarado
Que sea su lejítimo heredero
La hija que en los Charcas ha dejado
I aquel que fuese su esposo i compañero
Suceda en el gobierno i el estado,
Segun como lo tiene el de primero;
I mande i rija en tanto que ella viene
Su sobrino Mendieta que aquí tiene.

Los versos del buen arcediano no son cosa; pero lo que es el testamento no deja de ser orijinal. Por él dejaba el adelantado el gobierno en propiedad al que se casase con doña Juana de Zárate, hija suya i residente en Charcas i el interino a un tal Mendieta, su sobrino. Lo que fué de doña Juana i cómo llegó a escojer marido entre tanto pretendiente como se avalanzó a obtener aquella mano que era honor i riqueza i que tal sujeto le salió el marido, podrá saberlo cualquiera que se tome el trabajo de leer algun cronista de aquellos tiempos o aguardar a que yo se lo cuente un dia que amanezca con humor para ello.

Don Diego de Mendieta, a quien tan inesperadamente favorecia la fortuna, era un mozo que apénas frisaba en los veinte años.

Valiente hasta la temeridad, jeneroso, arrogante, gracioso en el decir, elegante en sus maneras i en su porte, el jóven gobernador parecia estar llamado a grandes destinos. De la noche a la mañana, cuando podria decirse que empezaba a vivir, se encontraba desempeñando un elevado cargo que parecia iba a ser-

virle de peldaño para subir a puestos mas elevados aun. Desgraciadamente habia en el fondo de su alma un depósito de veneno que debia corromperla i frustrar tan justas esperanzas: cegábalo el orgullo i cometia las mayores locuras arrastrado por una necia vanidad. Criado entre soldados, i soldados que estuvieron mui léjos de descollar por su moralidad, sus costumbres no eran ejemplares aun ántes de subir al poder. Su tio el adelantado Zárate habia sin duda adivinado su carácter. Soi malo, decia él, pero estoi cierto que no faltará quien me haga bueno despues de mi muerte.

Diego de Mendieta era el encargado de realizar tal vaticinio; era el presente, el último obsequio que don Juan Ortiz de Zárate hacia a sus gobernados en prueba de su cariño.

Al verse elevado a tanta altura la vanidad de don Diego creció sobremanera; empezó a mirar con desden a todos los que le rodeaban i vinieron luego sus antiguos compañeros de cuartel i de licencia i le adularon i festejaron sus primeros extravíos i le incitaron a cometer otros mayores, i tanto hicieron que acabaron por hacer creer a aquel pobre mozo, gobernador por carambola e interino del Paraguay, que era un César romano hecho i derecho.

Su tio le habia dejado por tutor (¡gobernadores con tutor!) a un tal Martin Duré; pero don Diego, como era de esperarse, al dia siguiente de tomar el mando despachó a su casa al tutor i empezó a gobernar segun su leal saber i entender, i junto con esto empezó tambien a cometer tanto disparate i tantas arbitrariedades que no hai por donde comenzar. Lanzado por el despeñadero del mal, ya don Diego no podia volver atras, que su orgullo cerrábasele el camino.

Consejos no los tomó ya si no de sus compañeros de escándalos; i si Zárate habia sido arbitrario en el gobierno, su sobrino lo dejó mui atras.

Cumplióse el pronóstico del adelantado i los desgraciados habitantes del Paraguay tuvieron que lamentar su muerte i olvidar sus faltas ante la enormidad de las que cometia su sobrino. Apenas les habia quedado derecho para respirar i pedir justicia al cielo con las miradas, que eso de hablar habria sido ya demasiado aventurarse. I así era en efecto.

¿Advertíale alguién al gobernador que debia aconsejarse con personas mas idóneas?—A la cárcel con él, contestaba el soberbio mozo, que yo sé lo que hago i yo mando aquí.

¿Atrevíanse algunos a reprenderle o a enseñarle cual era su deber?—Que les azoten ¡a la horca con esa canalla!

I así mandó azotar a muchos caballeros en la plaza pública, metió a otros en la cárcel i a no pocos envió a hacer pruebas en lo alto del rollo. La Asuncion estaba consternada.

Los espías introducíanse en todas partes, las delaciones llovian i como sucede en casos semejantes la confianza habia desaparecido, todos desconfiaban hasta de sus mas íntimos amigos, todos

temblaban, todos aguardaban con temor la luz del nuevo día en que podrian ser víctimas de un capricho o una venganza.

Una mañana un paje de don Diego encuentra en la puerta de su casa un billete anónimo en que se echaban en cara al gobernador todas sus faltas, se le amenazaba con severos castigos i se le emplazaba en último caso para ante el tribunal de don Felipe II i el de Dios. Llevárselo a su amo i leerlo éste i enfurecerse, todo fué uno. Por saber quien habia escrito aquel billete, llevó a la cárcel a media Asuncion, azotó a no pocos de sus habitantes i amenazó con la horca a otros tantos sin que jamas pudiera darse el placer de conocer a su autor i hacerle pagar caro su atrevimiento. Si así trataba a los españoles, ya podrá el lector juzgar cómo les hiria a los guarinies con aquel mozo, que sin duda ha servido de modelo a los Francia, los Lopez i tantos otros ridículos tiranuelos como en nuestro siglo se han alzado sobre el suelo americano con las ínfulas de unos emperadores.

III.

Residia por aquel entónces en la Asuncion un noble hijo de Castilla llamado don Pedro García i a su lado vivia una jóven hermana suya que era, a estar a lo que de ella se refiere, un dechado de hermosura, de gracia i virtud.

Era aun Blanca, que así se llamaba, una inocente niña de quince primaveras, entregada aun a los juegos de la infancia, cuando conoció en Toledo a un tal don Juan Benavente, apuesto mancebo que no tardó en abrasarse de amores por ella i en despertar el alma de aquella niña a nuevos i mas dulces ensueños. Blanca i Benavente acabaron por amarse i se dieron palabra de casamiento i se juraron eterna fé; pero éste, escaso de fortuna i honores i ambicioso de ellos abandonó su España i vino a establecerse en el Paraguay con la esperanza de realizar allí sus deseos.

La fortuna no le fué esquiva ni era natural que le fuera, pues el tal Benavente era hombre de no poca habilidad i lo que talvez valia mas en estos dominios de don Felipe, tenia un valor i unos puños que infundian un saludable respeto.

La ausencia i la distancia no entibiaron su amor, i escribióle a García aconsejándole que se viniera a América, en donde podrian realizar el proyectado casamiento i vivir en la felicidad i la abundancia. Don Pedro, que habia perdido casi toda su hacienda, no aguardó a que le repitieran dos veces el consejo i partió al punto para la Asuncion en compañía de su hermana i una tia que habia criado a ésta i le servia de madre desde la infancia. Pero con no poco dolor de ellos, al llegar al término de su viaje se encontraron con que Benavente habia partido algun tiempo ántes para el Perú, a donde le llevaban una comision de Zárate i la idea de realizar algunos negocios por aquellas tierras. García se resolvió a aguardar en la Asuncion el regreso de su

amigo i futuro cuñado i con los pocos doblones que traia compró una propiedad vecina a la capital, en la cual vivian con bastante escasez cuando subió al poder don Diego de Mendieta.

Nadie sabia que habia sido de Benavente. Al tener conocimiento de la llegada de Blanca a la Asuncion, habíale escrito prometiéndole ponerse en camino así que pudiera terminar algunos negocios que tenia entre manos, pero los dias pasaban i pasaban los meses i el don Juan no llegaba nunca ni contestaba siquiera las cartas que se le escribian.

Impacientado ya con tanto esperar juraba García en Dios i en su ánima que era Benavente un mal nacido i un perjuro; la tia, que no dice la crónica como se llamaba ni nos importa saberlo, que era una solterona que pasaba de los cincuenta, aprovechaba la oportunidad para echarle unos sermones a su sobrina en que ponía a los hombres de malos e inconstantes que no habia por donde tomarlos, i solo Blanca, la bondadosa e inocente Blanca no queria dar abrigo en su pecho a la vil sospecha i esperaba aun, esperaba que llegara todos los dias el hombre en quien habia puesto el puro cariño de su alma.

La pobre jóven vivia sumida en la mayor tristeza i su semblante habia perdido ya, a fuerza de sufrir, sus naturales i rosados tintes; pero aquel dolor pintado en su lánguida mirada, aquella palidez de su rostro, aquella soledad misma en que pasaba los mas bellos dias de su juventud parecia que daban mas realce a su hermosura i que extendian en torno de ella un no sé qué de compasion, misterio i simpatía. Esforzábbase en vano su hermano por hacerle olvidar a Benavente e instábale sin cesar para que eligiera un marido entre tanto pretendiente como aspiraba a poseer aquella rica joya; pero Blanca no podia mandar en su corazon i éste latia siempre por aquel que en Toledo habia sabido inspirarle su primer amor.

IV.

Don Diego de Mendieta era uno de los que desde tiempo atras bebían los vientos por la bella prometida de Benavente. Confiado en su donaire i en sus artes en tan difíciles empresas, acercose con su natural audacia a conquistar aquella plaza a que tantos ponian asedio, i con no poca sorpresa i despecho del presuntuoso jóven hubo de recibir un rechazo i con él un desengaño bastante amargo. No se dió, sin embargo, por vencido; aumentó, por el contrario su pasion, i apénas subido al poder lanzóse de nuevo a la carga, creyendo haber encontrado ya en las riquezas de que podia echar mano la llave de aquel castillo que tantos habian hallado inexpugnable. La puerta no se abrió; pero don Diego encontró un aliado decidido en García, que deseaba salir, al fin, de la triste condicion a que se veia reducido.

Recibió a Mendieta en su casa, colmóle de atenciones i hacia cuanto estaba de su parte porque Blanca consintiera en darle su

mano; ésta, sin embargo, no queria por nada faltar a su promesa de aguardar a su prometido esposo.

En vano el jóven gobernador arrojaba a sus piés todo el oro que arrancaba a indíjenas i españoles; en vano hacia celebrar espléndidas fiestas de toros, de cañas i sortijas en que Blanca era siempre la reina i las mas veces él el vencedor i el héroe; en vano jemia i suplicaba a sus plantas; en vano a veces llegaba en su despecho hasta amenazar, que a la novia de Benavente ni le cegaban el oro i las fiestas, ni le ablandaban las lágrimas ni le aterraba aquella cólera que hacia temblar de espanto a los demas. Como era natural, aquella resistencia centuplicó la pasion de don Diego hasta el delirio; ya no pensaba sino en Blanca, ya no vivia sino para ella. Aquella lucha duraba demasiado; no era él hombre para aguardar mucho tiempo i tenia ademas motivos especiales para desear que tuviera un pronto término aquella empresa. Resolvióse, pues, a salir del paso a su manera, aconsejado por sus dos antiguos compañeros de escándalos, Galiano de Meira i Juan Ochoa, que habian pasado a ser sus consejeros privados. No sé cual de ellos fuera mas vicioso, dice Centenera hablando de estos dos sujetos, i por esas palabras podrá sacar el lector que buenas piezas serian los amigos del gobernador.

Una mañana dirigióse éste a casa de García i con el pretexto de ciertas noticias recibidas de Charcas, le dió órden de dirigirse al punto a aquella ciudad conduciendo unas comunicaciones de gran importancia. García trató de excusarse alegando gran número de razones; pero Mendieta, sin querer dar oído a ninguna, le echó en cara que se negara a prestar aquel servicio a quien debia ya muchos favores i aumentando de pronto su cólera real o fingida llegó hasta amenazarle con su venganza. No era García hombre para arrostrar la ira del gobernador i renunciar a su proteccion así no mas i tuvo que resignarse a partir. Despidióse de su hermana con las lágrimas en los ojos, i con el corazon agobiado por un triste presentimiento, alejóse de la Asuncion a cumplir el encargo que llevaba.

¿Por qué alejaba don Diego a García del lado de Blanca?

Temia que se negara a obligar a su hermana a casarse por fuerza; temia talvez que Benavente fuera a aparecerse el dia ménos pensado i quedaran frustrados todos sus planes; e irritado, exasperado ya, se habia resuelto a echar por en medio i poner término a aquella lucha que le humillaba de una manera digna de sus antecedentes.

No hai para qué decir que aquella resolucion fué tomada en consejo con sus inseparables Meira i Ochoa, quienes la aplaudieron estrepitosamente, le alentaron a llevarla a cabo i se ofrecieron a prestarle su mas decidida cooperacion.

CÁRLOS A. BERRO.

(Concluirá.)

BOSQUEJO DE UN HOMBRE ECONOMICO

DEL SIGLO XVIII.

Don Venancio Barriga, de quien me propongo hablar, i a quien la naturaleza por burla, o algun mal intencionado antecesor le habia dado ese apellido, vivia por los años de 1780 en la ciudad de Badajoz, calle de Miserables, núm. 1.

Era alto, de pelo negro i tieso; de frente no mui grande pero con muchas ondulaciones, viniendo la última de ellas a formar una gran cavidad para los ojos, que eran chicos, vivos, algo escondidos i mui inclinados hácia la nariz, como indicando con esto que los tres habian sido formados con el mismo objeto. Esta última (la nariz) era de estilo jónico, mui larga i proporcionadamente ancha; nacia como casi todas las narices nacen, pero, a poco, tenia un caballete mónstruo, una prominencia tal, que apenas se hubiera podido medir con barómetro; en seguida declinaba rápidamente i se prolongaba, ya en línea recta, ya en zig zag, hasta que, toda chulleca i ladeándose hácia la izquierda parecia ir a entablar conversacion con la barba, la que, a su vez, se habia encorvado hácia arriba para poderle escuchar: tenia los pómulos no mui salientes; i su boca mui enterrada, seca i como aflijida, no tanto por el abandono i menosprecio que de ella hacian los demas miembros sino de puro miedo a la nariz.

Su cuello, que le salia casi de en medio del pecho i se estiraba hasta dar con la cabeza, era larguísimo i mui delgado, llevando en su centro una manzanilla de tal manera disforme e irritada, que pareciera querer arrancar de hambre si don Venancio no la sujetase i medio encubriese con su gran corbatin negro, el que, por lo ménos, daba seis vueltas al rededor del lugar en donde debia estar la camisa. Los hombros eran jibados i algo inclinados hácia la derecha: no usaba nunca levita por ser esta una moda imprudente que habia colocado los bolsillos atras, mui léjos de la conciencia propia i mui cerca de las manos de aquellos que no la tenian; solo se ponia un paltó largo color café amarilloso i medio tornasol, en el cual no se conocian las manchas ni se sujetaban peluzas, pero era porque al pobre ya no le quedaban pelos; estaba el infeliz inmirable, invisible, raído, cascado, roído, i de puro viejo se habia puesto hasta jovial, pues por muchas partes sonreia; mas *ni por esas*; su amo jamas lo desamparaba, porque, segun él decia, desde una mui grande aventura amorosa, que en sus mocedades con él habia llevado a feliz término el día que lo

estrenara, le habia tomado cariño i desde entónces le tenia lei.

Por entre las vueltas de este dichoso paltó se dejaba ver un no ménos célebre chaleco (entónces chupa) que fué de terciopelo verde con botones amarillos i de seguro que habia causado algunas envidias en su juventud; pero ahora, por haber tenido que luchar mucho con la polilla, el tiempo i los achaques; i porque tambien habia tenido sus rencillas con la moda, ya no hacia tan buen efecto que digamos. Debajo de esta curiosa pieza i ahorcados por crueles suspensores caian unos abombillados pantalones que sabian de memoria la escandalosa historia de muchos lustros i que jamas, apesar de esfuerzos inauditos, habian logrado descansar en los tobillos de su dueño, modo que dejaban entrever unas piernas largas i tísicas, cubiertas con medias azules, las que a su vez se escondian dentro de unos calamorros mui bien lustrados. Porque han de saber Uds. que en el lustre del zapato es en donde se conoce la hidalguía.

La casa de nuestro héroe guardaba perfecta armonía con su persona; yo, por supuesto, jamas la ví, pero me consta que tampoco nadie se habia asomado a ella de miedo; porque, segun el vulgo, no solo a su entrada dejaban de comer los sabañones i otras tiñas, como en esotra de que nos habla el sin igual Quevedo, sino que ya era fama de que en una gran inundacion del rio vecino, se entraron las aguas a ella un cajon, salido de la vecindad, que ántes habia sido para guardar queso, i en el cual venian asiladas varias ratas náufragas. ¡Mala desgracia fué ésta para los pobres animales i aun para la especie toda! porque una vez que bajaron las aguas, fué tanto i tan intenso el hambre que experimentaron en la nueva casa, que, estando ya para morir, acertaron a abrir un forado para las casas contiguas, en las que no solo concluyeron con todos los comestibles que pudieron haber, sino que tambien (i esto es mui cierto) se comieron todas las demas ratas que encontraron.

Se decia, pues, i con razon, que en la tal casa habitaba el hambre en persona, i aun habia muchos que daban gran vuelta para no pasar junto a ella.

A pesar de todo, decian tambien que don Venancio era hombre mui rico, podrido en plata, i esto, como despues veremos, lo confirma la manera trájica i orijinal como murió; pero sobre que su vida fué siempre archimiserrima, no cabe cuestion, i aunque vivió mucho despues, yo no tendria dificultad en creer que era el mismo padre del licenciado Cabra, i de seguro pudo darle cuantas lecciones económicas hubiese querido.

Siento infinito no poder dar mas noticias acerca del carácter, costumbres, condiciones i manías de nuestro buen don Venancio, como tambien de otras historias i consejas celebérrimas que de él se contaban; pero las antiguas crónicas de que he tomado lo anterior, estaban ya mui viejas, borradas i rotas, de modo que yo tambien, como Uds., me he quedado con gran curiosidad de

saber tan preciosos e interesantes detalles. Sin embargo, con gran trabajo i despues de mucho estudio, pude entender aquella parte en que se contaba la curiosa i propia manera como el diablo puso fin a sus dias. El caso fué como sigue:

Rezaba una tarde el susodicho don Venancio, con gran fervor i de rodillas, en un cuartito vecino a su dormitorio, cuando de repente pasa corriendo por este último, con gran bulla i estrépito, un gato, el cual, habiendo tenido en los tejados una fiera i sin igual contienda con un su enemigo (gato tambien) por ciertos celos, de los cuales era causa i fomento una hermosa Zapaquilla, quiso la mala suerte de nuestro enamorado galan que su adversario lo venciese i lo echara a rodar tejado abajo; no hacia muchas horas todavía que estaba mui herido en el patio de la casa de Barriga (el dueño de casa se entiende), cuando mi buen gato se vió acosado sin duda por el mismo enemigo que atacó a las ratas (cosa que de seguro no le aconteciera si hubiera sido contemporáneo de ellas i compañero de desgracias); i entónces aflijóse tanto i corrió de tal suerte i tan sin rumbo, que llegó, como hemos dicho, al cuarto de don Venancio. Este sobresaltóse al principio i en seguida, creyendo que fueran ladrones, corrió precipitadamente a su cuarto; al pasar por la puerta que comunicaba las dos piezas, el miedo, su temperamento nervioso i el temor de que por ahí se pudieran escapar los malhechores, se la hicieron cerrar con tal fuerza, que se remecieron las paredes i tijerales como si hubieran sido columpios de cordeles. Casi simultaneamente una gran mole cae sobre su cabeza i le deja muerto en el instante. . . . Un talego repleto de monedas de oro, que seguramente su dueño habia guardado para mayor seguridad sobre algun tijeral, se habia desprendido de su lugar i muerto a su adorador.

Se dice comunmente: “la avaricia rompe el saco;” en este caso: la avaricia quebró el mate.

Las cosas han cambiado, i ya ha desaparecido esta clase de avaros que nos hacen reir un poco i sin mas los despreciamos, no tanto por malos e inútiles como por tontos i mentecatos, que no saben que el dinero es en sí tan despreciable como las piedras cuando no sirve para hacer el bien i alcanzar la felicidad terrestre por su medio. En nuestros tiempos, mas adelantados que los de don Venancio, los han reemplazado, i con ventaja, avaros jóvenes, elegantes, buenos mozos, lucidos i charlatanes, que hablan de caridad, de filantropía, de libertad, de progreso; i sin embargo, en su interior son incapaces de tener una idea, un sentimiento que no sea egoista, bajo o torpe. I ántes puede hundirse el mundo que no ellos mover un brazo para socorrer a un desvalido.

Yo, la verdad, ya que se tiene el vicio, prefiero la naturalidad i franqueza de los Venancios.

PAULO ANTONIO LEAL.